

Reflexiones sobre el Espíritu Santo

Por fr Héctor Muñoz op
Mendoza)Argentina)

Muchas veces se ha hablado sobre la tercera Persona de la Trinidad como del 'gran Desconocido' Si esto fuera verdad, intentaré brindar a los lectores algunos datos que nos permitan cambiar esa afirmación, pues el Espíritu de Dios es nuestro prójimo, compañero cercano de nuestro peregrinar cristiano.

El Señor Jesús. nos dijo, en dos pasajes evangélicos, cuál sería la obra del Espíritu:

*una ayuda-memoria, para que la Voz de Cristo siga resonando en nuestros corazones, tal como lo hizo con sus contemporáneos, desde Pentecostés:

****El Espíritu Santo les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho (Jn 14,26).***

*Además, nos guiará, paso a paso al conocimiento de toda verdad:

**** Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él los introducirá en el conocimiento de toda verdad (Jn 16,13).***

Y aquí tenemos que tomar *conocimiento* en su sentido bíblico, como *honda e íntima relación de desposorio con la Verdad plena que es Cristo.*

Esto nos conducirá a unirnos a Jesús haciéndonos uno con Él gracias al Espíritu.

Este es el mismo Espíritu que transformó a la Iglesia apostólica , de *replegada* sobre sí misma, a *desplegada* sobre el mundo.

Hablando del Espíritu, el Concilio Vaticano II nos dice que es "El Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre *vivifica* a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf Rom 8,10-11). El Espíritu *habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo* (cf 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos *ora y da testimonio de su adopción como hijos* (cf Gál 4,6). *Guía* a la Iglesia a toda la verdad y *la unifica* en comunión y ministerio, *la provee y gobierna* con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y *la embellece* con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio *rejuvenece* a la Iglesia, *la renueva* constantemente y *la conduce* a la unión consumada con su Esposo (...)" (LG 4).

Repasemos cuántos verbos nos pone el texto conciliar, para que - volviendo a ellos- constatemos el *trabajo* que el Espíritu tiene en la trama

de la Iglesia y en la de cada uno de nosotros, los bautizados, piedras vivas del nuevo Templo en el que reside como en su casa, verdadero hogar.

Sin el Espíritu, alma de la Iglesia y sangre que recorre sus venas, no podríamos llegarnos ni al Padre ni al Hijo.

Volvamos a los verbos del texto de la LG acerca de la obra del Espíritu, Sopro de vida.

Él es *fuelle de agua*: y, como 'fuelle', manantial inagotable que fertiliza allí a donde llega. También nos *vivifica* y hace volver a gozar la luz de la vida a quienes habíamos caído en las garras del pecado, porque dejar atrás el pecado y reingresar en la vida de la gracia, es una verdadera Pascua: pasar de la muerte a la vida, resucitar es obra del Espíritu que viene de lo alto. También *habita* en la Iglesia y en nuestras almas, pero no como haría un huésped en un Hotel, sino como el que es familiar allí donde vive. *Conduce, unifica, provee y gobierna* a la Iglesia con los dones que dicho Espíritu tiene como propios y, por lo tanto, necesarios, para quienes no los tienen. No olvidemos que no es suficiente ni la Palabra de Dios ni los sacramentos. Necesitamos la presencia dinámica del Espíritu que nos hace ahondar en la comprensión de la Palabra y en el significado de los grandes Signos de Jesús. El Espíritu que procede del Padre y del Hijo *rejuvenece* constantemente a la Iglesia, ora y testimonia en ella, haciéndonos otros-cristos y manteniendo a la Iglesia tan joven como lo es Dios, el "anciano de muchos días" y, al mismo tiempo, "el más joven de todos", según el decir de San Agustín.

Cuando en los primeros tiempos, los cristianos decían, refiriéndose al Día del Señor: *-No podemos vivir sin el Domingo*, nosotros no nos equivocaríamos si hoy afirmáramos que no podemos vivir sin el Espíritu, porque Él nos rescata de la muerte, devolviéndonos al Reino de los vivientes y recomponiendo nuestro rostro según la suma belleza del rostro de Dios.

Además, sabemos que el Espíritu barre con nuestros miedos, como lo hizo en Pentecostés, abriendo las puertas cerradas detrás de las cuales los discípulos de Cristo se habían refugiado, lanzándolos a la apasionante aventura de la misión.

Así como el Espíritu otorgó en el Sinaí la Ley al Pueblo de Dios, Ley que lo marcaría a fuego, así hoy, desde Pentecostés, estamos sometidos al leve peso de la Nueva Ley, no grabada ya sobre piedra sino en nuestros corazones. Vivir según el Espíritu es abandonar las obras *de la carne*, como nuevas creaturas que dejaron de ser *del mundo*, tomando *mundo* como ese cono de sombras que opaca la presencia de Dios y borra en nosotros su imagen y semejanza.

El Espíritu de comunión hace de lo múltiple, uno, forjando la unidad en la diversidad, tal como en el hombre y la mujer, muchos órganos se integran formando un solo cuerpo.

Cito, para finalizar, un texto esclarecedor de San Agustín:

Puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, cual lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una colina rechazada, va en cascada (...) En los humildes se encuentra capacidad para recibir al Espíritu (Sermón 270,6)